

# La historia en Oxford hacia 1970<sup>1</sup>

Juan P. FUSI AIZPÚRUA

Universidad Complutense de Madrid

Ciudad universitaria desde mediados del siglo XII; la universidad de Roger Bacon y Ockham, de Thomas Hobbes, del cardenal Newman y de Lewis Carroll y su *Alicia en el país de las maravillas*; de Oscar Wilde, de John Ruskin y Walter Pater, de Lawrence de Arabia, John le Carré, Tolkien y Iris Murdoch (y de 23 de los 48 primeros ministros que Gran Bretaña tuvo entre 1721, año de la creación del cargo, y 2000), Oxford poseía, para el filósofo español Santayana, cuya filosofía escéptica, de fondo estoico y platónico, estaba penetrada por el doble ideal de la razón y de la belleza, y que visitó la ciudad con regularidad, un encanto especial que él identificaba con su antigüedad cristiana y romántica, su paisaje adorable y su juventud permanente.

En efecto, ciudad de belleza suave, con una arquitectura (medieval, gótica, barroca y moderna) equilibrada y no pretenciosa materializada en el sorprendente conjunto de sus colegios, bibliotecas, iglesias, museos, claustros, capillas, patios, torres, pináculos, jardines, gárgolas y cúpulas; ciudad lluviosa, de luz melancólica y brumosa, Oxford “da dulzura al trabajo y dignidad al ocio”, como escribió Henry James. En 1970, seguía siendo una Universidad basada no en facultades sino en colegios (un total de 35), entidades autónomas mitad lugares de residencia y mitad centros de estudio, una universidad minoritaria y altamente selectiva (en torno a 10.000 estudiantes entre graduados y postgraduados y unos 2.500 docentes, en el año indicado) y con una docencia basada en tutorías y seminarios reducidos. En 1970, Oxford era lo que venía siendo de antiguo: un universo cosmopolita, plural, abierto, con un profesorado prestigioso, libremente contratado, y no una universidad de funcionarios por oposición. Era, en suma, la antítesis de la universidad española.

## La escuela de Oxford

En *The Use of History* (edición revisada de 1971), A. L. Rowse, el gran especialista en la Inglaterra tudor y en Shakespeare y autor además de *Oxford in the History of the Nation* (1975), y miembro de All Souls, uno de los grandes colegios de Oxford, decía que “la escuela de historia de Oxford” podía “ser conside-

---

<sup>1</sup> Permanecí en Oxford en 1969 (enero a junio), 1970-1974 y 1976-1980. El texto refleja fielmente mi experiencia intelectual en dichos años.

rada como la primera de Inglaterra” por su tamaño y su producción, y por la influencia que ejercía en otras universidades, esparcidas por toda la Commonwealth británica<sup>2</sup>. Posiblemente, exageraba. Pero en cualquier caso, en los años 1960-70 eran profesores de Oxford (catedráticos, agregados, profesores, tutores, simples *fellows* o investigadores) un número comparativamente alto de historiadores de obras importantes e indudable interés intelectual. Hugh Trevor Roper, conocido sobre todo por *Los últimos días de Hitler* (1947) pero autor además de espléndidas monografías sobre la edad moderna como *El arzobispo Laud* (1940), *El auge de la Europa cristiana* (1966), *La caza de brujas en los siglos XVI y XVII* (1969) y *Ensayos sobre el Renacimiento* (1985), ocupaba, como Regius Profesor (1957-1980), la cátedra más prestigiosa, nombramiento muy polémico en su día —polémica además que no se apagaría nunca— porque supuso el rechazo de quien entonces era el historiador más conocido de Inglaterra, A.J.P. Taylor, y por la disposición al debate y la controversia del propio Trevor Roper.

A.J.P. Taylor, efectivamente conocidísimo públicamente por sus obras (*La lucha por la supremacía en Europa 1848-1918*, *Los orígenes de la II Guerra Mundial*, *Historia de Inglaterra 1914-1945*, *Beaverbrook...*) y sus frecuentes y muy brillantes intervenciones en televisión y radio, fue miembro de Magdalen College entre 1938 y 1976, aunque sus relaciones con Oxford fueran siempre tormentosas y aunque renunciara a la docencia desde 1963. Richard Cobb, historiador de la Revolución francesa, autor en 1963 del importantísimo *Les Armées Révolutionnaires* y personalidad de indescriptible extravagancia, publicó hacia 1970 dos de sus mejores libros: *The Police and the People* (1970) y *Reactions to the French Revolution* (1972). Alan Bullock, autor de *Hitler. Un estudio sobre la tiranía* (1962), una obra clásica y continuamente reeditada, y mucho después, en 1991, de *Hitler y Stalin. Vidas paralelas*, era en 1970 Master (Presidente) de S. Catherine’s College. Christopher Hill, el historiador marxista de la revolución inglesa del XVII, y autor de *El siglo de la revolución* (1961), de una breve biografía de Cromwell en 1970 (*God’s Englishman*) y de *El mundo cabeza abajo* (1972), lo era a su vez de Balliol, otro de los grandes colegios de la universidad. Todavía estaban en activo, además, dos historiadores extraordinarios: Richard Southern (catedrático de historia medieval de 1961 a 1969 y Presidente de St. John’s College de 1969 a 1981), cuyo *The Making of the Middle Ages* (primera edición de 1953) fue uno de los libros más traducidos de toda la historiografía medievalista, y Ronald Syme, catedrático de Historia Antigua en 1949-1970, autor de *The Roman Revolution* (1939), el libro que cambió toda la interpretación histórica sobre Augusto —al que presentaría como un personaje ambicioso y autoritario, movido por la voluntad de poder personal y no por deseo alguno de salvar Roma—, de *Tácito* y de *La aristocracia romana*.

Basten unos pocos nombres más: Raymond Carr, que estudió en Christ Church en la década de 1930, “fellow” de New College en 1952, y luego de All

<sup>2</sup> A.L. ROWSE, *The Use of History*, Harmondsworth, Pelican Books, 1971, p.125.

Souls, Presidente de St. Antony's College entre 1968 y 1988 y autor en 1966 de *Spain 1808-1939*; Theodore Zeldin, miembro también de St. Antony's desde 1963, que en 1973 publicó, tras años de bien calculada y cultivada expectativa, los dos primeros volúmenes de su innovadora historia de las pasiones en Francia, *France 1848-1945*, el primero dedicado a "Ambición. Amor. Política" y el segundo, a "Intelecto. Gusto. Ansiedad"; Keith Thomas, autor en 1963 del influyente artículo "Historia y antropología" en la revista *Past and Present* y luego de *La religión y el declinar de lo mágico* (1971), un estudio de brujas, astrólogos, profecías, supersticiones, hadas y presagios, y *El hombre y la naturaleza: el cambio en las actitudes inglesas 1500-1800* (1983), cambios por ejemplo sobre la domesticación de animales y sobre la invención de y pasión por los jardines en Inglaterra, ensayos en cualquier caso no menos innovadores que la obra de Zeldin; Peter Mathias, H.J. Habbakuk, Max Hartwell, Patrick O'Brien, historiadores económicos, probablemente los mejores especialistas británicos en la revolución industrial y en el estudio comparado del desarrollo y el atraso económicos; Denis Mack Smith y Christopher Seton Watson, dos de los grandes especialistas en Italia. En St. Antony's College, por ejemplo, en 1970 estaban, además de Carr y Zeldin, Tony Nicholls, un buen especialista en la República de Weimar y el nacional-socialismo alemán; Richard Storry, el introductor de los estudios sobre Japón en Oxford; Albert Hourani, que algo después (1991) publicaría su magnífica *Historia de los pueblos árabes*; el historiador argentino Tulio Halperín Donghi (al que sustituiría en 1972 Christopher Platt, especialista en economía latino-americana); y cinco de los mejores nuevos historiadores de Oxford (y como tal reconocidos inmediatamente por el consenso general de la misma universidad): Adrian Lyttelton, estudioso del fascismo italiano, Tim Mason, que lo era de la Alemania nazi, Joaquín Romero Maura, el historiador español y primer director del Centro de Estudios Ibéricos que se creó precisamente en 1970 en ese Colegio, y Malcolm Deas y Ezequiel Gallo, argentino como Halperín, los dos últimos especialistas en historia contemporánea de América-latina (Romero Maura y Mason eran además, con Raphael Samuel, los responsables del Taller de Historia Social, el seminario permanente de historia de la clase y los movimientos obreros, una de las mejores iniciativas historiográficas de la universidad en los años de 1970, que celebraba sus sesiones en St. Antony's<sup>3</sup>).

Con todo, la historia en Oxford gravitaba hacia 1970 en torno a la influencia de tres personalidades extraordinarias. Las siguientes:

---

<sup>3</sup> Precisamente, mi primera intervención pública en Oxford fue la presentación de un "paper" relacionado con mi tesis doctoral, "Política obrera en el País Vasco 1880-1923" en uno de los seminarios del Taller, en 1973. Estuve flanqueado en el acto por Romero Maura y Tim Mason e intervine, como era habitual en Oxford, ante un auditorio reducidísimo que no excedería de quince personas. Pero entre ellas estaban Carr, Hobsbawm, Halperín, Giuliano Procacci, R. Samuel y Arthur Lehning, un antiguo anarquista que había combatido en la guerra civil española y que era, en Amsterdam, el editor de las obras completas de Bakunin. El seminario permanece en mi memoria como lo más parecido que quepa imaginar a una ordalía o juicio de Dios.

- Maurice Bowra, Warden (Presidente) de Wadham College entre 1938 y 1970 (inmortalizado en la estatua que se le erigió en el jardín de su Colegio, obra del escultor Doubleday, que lo representó mitad hombre y mitad silla); Bowra, al que Isaiah Berlin definió como el hombre de más ingenio de su tiempo, apasionado del Mediterráneo y de sus culturas y de su significación histórica y estética (luz, sol, clasicismo, vida como placer), gran especialista en Homero y en la lírica griega, autor por ejemplo de *La Atenas de Pericles*, publicada justamente en 1970, y un conversador incomparable cuyo estilo, forma de hablar, ingenio, capacidad crítica, suave inconformismo y juego de ideas influyeron decisivamente en todo Oxford (porque Oxford fue siempre más un estilo intelectual y académico que una escuela metodológica).
- Isaiah Berlin, el historiador de las ideas, ensayista exquisito (por la claridad, elegancia, precisión y suave ironía de su prosa), catedrático de Teoría Política y Social de 1957 a 1967, Presidente de Wolfson College de 1967 a 1975, uno de cuyos libros más conocidos *Cuatro ensayos sobre la libertad*, que incluía sus ensayos «La inevitabilidad en la historia» y «Dos conceptos de libertad», se publicó precisamente en 1969; ensayos de los que «La inevitabilidad en la historia», un texto fundamental en Oxford, era una crítica definitiva de las teorías generalistas, abstractas, que veían en la historia regularidades, leyes o modelos inevitables como consecuencia del juego en aquella de vastas fuerzas sociales impersonales (clases, razas, el Progreso, la Razón...).
- Lewis Namier, el autor entre otros libros de *La estructura de la política en tiempos de Jorge III, Inglaterra en la edad de la revolución americana y 1848. La revolución de los intelectuales*, educado en Balliol y catedrático en Manchester desde 1931 a 1952 (porque se le negó una cátedra en Oxford, donde con todo siguió ejerciendo una fuerte influencia, además de que Manchester era considerado como una sucursal de Oxford: la opinión de Namier decidió de hecho que en 1957 se hiciera Regius Professor a Trevor Roper y no a Alan Taylor, pese a ser éste su principal discípulo, decisión que puso fin, de forma drástica e irreversible, a la amistad entre ambos); Namier, que era la encarnación del “revisiónismo crítico”, como pusieron de relieve sus libros arriba citados sobre Inglaterra a fines del XVIII, una revisión radical de la interpretación liberal de la historia de Inglaterra, un historiador hostil como Berlin a generalizaciones y filosofías de la historia, interesado ante todo en el individuo y la política (pero no en los grandes hombres, sino en los políticos anodinos y secundarios, para él verdaderos protagonistas de la política) y en las motivaciones subyacentes al ejercicio de esta última: desde su perspectiva, ambición, pasión de poder, emociones elementales e ideas vulgares.

De todo lo cual —historiadores en ejercicio en torno a 1970, influencia de Bowra, Berlin y Namier— cabe derivar las que serían principales características de la historia de Oxford de las décadas de 1960-70:

- a) radical individualidad del historiador y, en cualquier caso, pluralidad y coexistencia de tendencias historiográficas muy diversas (incluidas formas nuevas de hacer historia: casos de Zeldin y Thomas, de la nueva historia económica de Hartwell y O'Brien, de la revista *Past and Present* y del Taller de Historia Social), y de preocupaciones universales; los grandes historiadores de Oxford no eran necesariamente, ni preferentemente, especialistas en historia de Gran Bretaña;
- b) estilo intelectual definido así: suave inconformismo, iconoclastia, horror a las generalizaciones y a la teoría, conversación brillante, jugar con las ideas. Oscar Wilde le decía a lord Alfred Douglas en la larga carta que le envió desde la cárcel de Reading, publicada en 1905 en forma de libro con el título de *De Profundis*, que nunca había adquirido el "Oxford temper" en cuestiones intelectuales, que era "jugar graciosamente con las ideas", una especie, si se quiere, de placer inteligente, de ocio distinguido. Wilde, por cierto, consideraba su paso por Oxford, donde estuvo cuatro años, de 1874 a 1878, como uno de los dos hechos cruciales de su vida (el otro, su procesamiento y encarcelamiento por homosexualidad)<sup>4</sup>. Estuvo en Magdalen College, fue alumno de Ruskin y Pater y estudió clásicas y filosofía, entonces (siglo XIX) la base de la educación superior oxoniense;
- c) revisionismo crítico y gusto por la narración. Lo resumiría muy bien A.J.P. Taylor cuando dijo que toda su obra era "narrativa convencional y comentarios inteligentes".

No era, esta última, una observación gratuita. Los tres historiadores que más contribuyeron a hacer de la historia una disciplina académica y un saber inteligente y aplicado en Inglaterra fueron sin duda alguna el filósofo David Hume (1711-1777), filósofo pero cuya reputación durante su vida se debió a la publicación a partir de 1754 de su *Historia de Inglaterra*; Edward Gibbon (1737-1794) con *Declive y caída del Imperio romano* (primer volumen, 1776; sexto y último, 1778) y Thomas Macaulay (1800-1859) por su *Historia de Inglaterra*, que apareció entre 1848 y 1861. Pues bien; las tres obras, profusamente reeditadas y desde luego aún muy leídas en el Oxford de 1970, anticiparon muchas de las mejores calidades de la historiografía inglesa, que podríamos resumir en la afirmación de Alan Taylor antes citada, narrativa tradicional y comentarios inteligentes. De las obras de Hume siempre se enfatizó la preocupación que en ellas había por la calidad literaria y la legibilidad del texto, exigencia casi obsesiva en Macaulay, que diría en una ocasión que su ambición era que sus libros reemplazasen a las novelas de moda en las mesas de los jóvenes elegantes. Pero de Hume

<sup>4</sup> WILDE, Oscar: *De Profundis and Other Writings*, Harmondsworth, Penguin Books, 1973, p. 100.

se valoró igualmente su empirismo —como algo distinto de la erudición: es decir, la verificabilidad de afirmaciones y hechos— y su escepticismo corrosivo, que en su caso, y en parte también en el de Gibbon, tenía un profundo fundamento moral. Hume entendía la historia como una reflexión sobre la conducta humana; la tesis de su libro era que sólo el crecimiento de la civilización, a través de la educación y las buenas maneras, podría moderar el papel negativo que el poder de las pasiones y las fuerzas irracionales tenían sobre la historia y el comportamiento de los hombres. Gibbon destacaba en el suyo los valores tradicionales que habían hecho la grandeza de Roma: virtud cívica, dignidad personal, disciplina, medida, valor, tolerancia religiosa, oponía civilización a barbarie y veía en la irrupción del cristianismo (monoteísmo, beatería, superstición, pietismo, ascetismo) la causa última de la caída del Imperio romano. Los libros citados de Gibbon y Macaulay, los historiadores favoritos de Churchill, estarían entre las grandes obras de la lengua inglesa de todos los tiempos. Macaulay tuvo un éxito excepcional: a fines del siglo XIX, su historia de Inglaterra era, junto con la Biblia y Shakespeare, el libro más frecuente en los hogares británicos. Era la quitaesencia de la interpretación liberal de la historia inglesa, esto es, Inglaterra como la expresión de la Revolución Gloriosa de 1688 y del triunfo del parlamentarismo, la libertad y el progreso, la interpretación por cierto que desharía para siempre el revisionismo de Namier (que mostraría, por ejemplo, que en el XVIII, cien años después de la revolución de 1688, la Corona, y no el parlamento, retenía la plena autoridad en el país, y que la corrupción, el clientelismo y el patronazgo, y no partidos políticos, parlamentos representativos y elecciones limpias, eran aún elementos constitutivos de la política inglesa).

## Raymond Carr y España

Pero para la historiografía española, la referencia historiográfica en Oxford hacia 1970 era indudablemente Raymond Carr (John H. Elliott, un historiador igualmente decisivo para la historiografía española, se había educado en Cambridge, había ejercido la docencia en Londres y desde 1963 se había establecido en Princeton; volvería a Oxford después, y alcanzaría su máximo prestigio en los años de 1990 en que sería por méritos incontestables, tras Trevor Roper y Michael Howard, Regius Professor, de 1990 a 1997; su biografía del conde-duque de Olivares, una obra excepcional, apareció en 1986). Porque, como mostraría sobre todo su obra dispersa —finalmente recogida en *El rostro cambiante de Clío. Ensayos: España. Gran Bretaña. Historia* (2005)—, la relevancia de Carr como historiador y ensayista era ciertamente extraordinaria. Carr comenzó trabajando sobre historia de Suecia. Se le debe, de hecho, el establecimiento de los estudios latino-americanos en Oxford, donde fue por un tiempo catedrático de historia de América latina (en 1984 publicó un libro sobre Puerto Rico, *Puerto Rico: A Colonial Experiment*, y antes, numerosos artículos sobre la historia de aquel continente). Su historia de la caza del zorro en Inglaterra (*English Fox Hunting. A History*, 1976) no era una extravagancia personal: era un análisis

social del mundo rural inglés y una evocación de una sociedad —el campo aristocratizante británico— que agonizaba desde el siglo XIX. En su obra dispersa, había de todo: comentarios de libros, retratos (Ayer, Russell, Berlin, Iris Murdoch, algunos de ellos amigos personales de Carr), crítica literaria (Trollope, Solzhenitsyn, Borges, Casey), ensayos sobre Inglaterra, Israel, Argelia o Portugal, sobre la historia, sobre los propios historiadores (Rowse, Cobb, Schama, A.J.P. Taylor...).

Carr era un hombre de Oxford, lo que, por lo que hemos visto más arriba, conllevaba individualidad acusada (su amigo el novelista Nicholas Mosley diría acertadamente que siempre, cualquiera que fuese el medio en que se hallase —una mansión aristocrática, un seminario de Oxford, un “nightclub”— Carr tenía la habilidad de ser él mismo) y un cierto estilo historiográfico, muy evidente en Carr: horror a las generalizaciones y a la teoría, frases precisas, observaciones penetrantes, atención a lo singular y distinto. *España 1808-1939*, la gran obra de Carr (1966), nació como un clásico moderno e iba a ser desde su aparición uno de los libros más influyentes sobre la historia española de los siglos XIX y XX jamás escritos: por la amplitud y diversidad de sus análisis, por las numerosas claves interpretativas y juicios que en sus páginas se deslizaban, por el sentido que Carr tenía del juego del azar y de las circunstancias en el curso de la historia española, por la abundancia de frases afortunadas y observaciones inteligentes que contenía. Carr mostraba una España definida por la diversidad de su geografía y de sus estructuras sociales y económicas; huía en sus análisis tanto de reducciones sociológicas (sobre los latifundios, las clases sociales, el poder...; pero sin eludir nada: Carr siempre se definiría como un historiador social y prestaría en sus libros atención considerable a la vida de la sociedad) como de estereotipos —frente a la idea romántica de España, Carr enfatizaría el problema de la pobreza y del atraso de un país que hasta el siglo XVIII había sido una gran potencia— y aún, de toda visión esencialista del “alma” de los españoles. *España 1808-1939* era una narrativa compleja sobre los problemas de España como nación moderna, una visión serena, empírica, carente de mitos y tópicos, de interpretaciones abusivas y extrapolaciones ideológicas, que mostraba la evolución de los hechos como habían sido, pero que dejaba entrever las múltiples posibilidades que esa evolución había tenido. Carr concluía así que los liberales españoles (su libro estudiaba la historia del liberalismo en España) contaron con pocas posibilidades de éxito en su proyecto de modificación y modernización de la sociedad española, que iniciaron en 1808: porque se enfrentaron con la resistencia al cambio de la derecha tradicional, y con el doctrinarismo irresponsable de la izquierda.

España entre el liberalismo y la reacción era, en efecto, el gran tema de Carr (como mostraría de forma sintética su contribución al volumen, por él editado, titulado *Historia de España*, Barcelona, 2001): o la debilidad del liberalismo, si se quiere, que Carr explicaría por ser la España del siglo XIX un país rural, con un 70 por 100 de analfabetismo, un poder civil frágil —consecuencia del carlismo, que hizo del Ejército el principal instrumento del orden liberal y del cambio político—, y una economía con capital y tecnología pobres. Tal sería el gran problema de España entre 1808 y 1931 (un país, para Carr, de aristocracia débil,

generales políticos, especuladores, periodistas destacados y abogados): la pobreza de un Estado intervencionista, con el gasto público absorbido por la deuda (en detrimento de los servicios: educación, hospitales, comunicaciones...) y sustentado por un sistema fiscal ineficiente. Carr veía en la II República de 1931 el intento más consistente para reformar España como país democrático y progresivo: su tesis era que la República provocó con ello un verdadero proceso de politización de masas que llevó en 1936 no tanto a la amenaza de una revolución social, cuanto al colapso de las estructuras sociales y políticas republicanas. Franco pudo proclamar tras su victoria en 1939 que había destruido el siglo XIX. Con sus fracasos y limitaciones, la tradición liberal resultaba por el contrario, para Carr, la fuerza dinámica de casi siglo y medio de historia.

Bajo la dirección de Raymond Carr, St. Antony's College fue por unos años (1968-1988) uno de los centros más atractivos e informales de Oxford, como en parte ya ha quedado dicho: Isaiah Berlin fue una presencia diaria en St. Antony's entre 1967 y 1972, mientras se terminaba de construir Wolfson, el colegio de su dirección; Tulio Halperín fue por entonces director del Centro de Estudios Latinoamericanos; Romero Maura, del Centro de Estudios Ibéricos; el Taller de Historia Social celebraba allí sus seminarios... Bajo la dirección última de Carr trabajamos en el Centro de Estudios Ibéricos los que creo que podemos considerarnos sus discípulos: Romero Maura, José Varela Ortega, Shlomo Ben Ami, yo mismo, Paul Preston (que hacia 1970 estaba ya en la Universidad de Reading, con Hugh Thomas), Leandro Prados, Antonio Gómez Mendoza (ambos, como historiadores económicos, muy vinculados al tiempo a Patrick O'Brien y Max Hartwell) y Charles Powell. Pero también se vincularon al Centro, en muy distinta capacidad, don Ramón Carande, Olegario González de Cardedal, Lucas Beltrán, Santos Juliá, José María Maravall, Joan María Esteban, Isaac y Aviva Aviv, Susana Tavera, Jaime García Lombardero, Joan Artells, Tomás Jiménez Araya, Laura Rodríguez, Frances Lannon, Fernando Maravall. Aun sin relación directa con el Centro, Martin Blinkhorn, Sebastian Balfour y Joseph Harrison fueron de alguna forma discípulos de Carr. También lo fueron Ezequiel Gallo, Malcolm Deas y Adrian Lyttelton, tres grandes historiadores, como ya ha quedado dicho. Precisamente por tratarse de *operas primas* de autores entonces aún no definitivamente consagrados, libros como *La Rosa de Fuego: el obrerismo barcelonés de 1898 a 1909* (publicado en 1974), de Romero Maura; *The Seizure of Power. Fascism in Italy, 1919-1929* (1973), de Lyttelton, sobre la toma del poder por el fascismo en Italia en 1922; y *La Pampa gringa. La colonización agrícola en Santa Fe (1870-1895)*, de 1983, de Ezequiel Gallo, sobre el desarrollo agrícola argentino, tres libros por todos conceptos extraordinarios, fueron probablemente la mejor demostración del vibrante momento historiográfico que Oxford vivía hacia 1970. Romero Maura, Lyttelton, Varela Ortega y Malcolm Deas, todos miembros de St. Antony's, colaboraron en el memorable número que sobre el caciquismo publicó en octubre de 1973 *Revista de Occidente*, dirigido por Varela Ortega; y con ellos, y desde Madrid, Javier Tusell.